

UNA ESTATUA LITERARIA AL PIANISTA Y ESCRITOR ENRIQUE MARTÍ

MANUEL MARTÍNEZ ARNALDOS
Universidad de Murcia

Psicofonía, voces de amigos y confidentes, conversaciones fantasmáticas, datos fidedignos y pistas falsas, encrucijada de sensaciones y sentimientos transformada en visiones verbales, un universo literario, sólo en apariencia fragmentario, que mediante la gran metáfora de un tiempo sensible y evocado trasciende hacia un *ethos*, a la creación de un *carácter* más que a la de un personaje y su acción, a la interpretación y representación de una escultura cincelada por la emotividad de la expresión plástica y a la que se busca la más adecuada ubicación en diferentes rincones de la ciudad de Murcia. Rasgos, entre otros, que explican la propuesta y el quehacer novelístico de Salvador García Jiménez en *Hasta la última nota del pianista murciano Enrique Martí (1876-1953), un personaje de novela*¹. Un quehacer narrativo que constituye una renovada preocupación por perfilar y depurar técnica y estéticamente anteriores propuestas que se agrupan como “novelas de ficción y documento”, en las que destacan, y de manera más concreta en el caso de *La gran historia de honor de don Martín de Ambel*, el ensamblaje de lo histórico, lo costumbrista y lo ficticio, como acertadamente ha planteado Juan Cano Conesa en su bien trazado estudio sobre la novelística de Salvador García Jiménez².

Sin embargo, en el proceso narrativo que articula al personaje del pianista murciano Enrique Martí frente al del hidalgo ceheginero Martín de Ambel, tomado éste como ejemplo referencial, podemos observar que junto a la función de “especie de catalejo” que ejerce Martín de Ambel a través de cual “se contempla una época histórica y un espacio geográfico”, mediante una estrategia dinámica, en la que colabora “el manejo de la imaginación” y la evocación del personaje “como instrumento puesto al servicio

¹ Murcia, Nausicaä, 2004.

² Cfr. Juan Cano Conesa, *Escribiendo sobre la pluma de un ángel. Las novelas de Salvador García Jiménez*, Murcia, Universidad Católica San Antonio, 2004, pp. 62, 295-296.

de la amenidad”³, en el caso de E. Martí el decurso temporal “juega” una importante función. Dado que este engloba un espacio social y dialógico, en el que las voces se mezclan y subordinan a la palabra (*dictio*) del narrador, conformando micro-cosmos narrativos que bosquejan el *carácter* de E. Martí; así como la búsqueda de un lugar o ambiente ideal donde situar y luego “descubrir”, amorosa y apasionadamente, sin prejuicios, la estatua definitiva de E. Martí. Y tanto el Ayuntamiento de Murcia, el Conservatorio, el hotel Patrón, el Café Oriental, el Teatro Romea, el Círculo de Bellas Artes, la mancebía de la Negra, las relaciones familiares con el sombrerero Carlos Ruiz-Funes o bien amorosas con la Taconcitos, el piso tercero de la casa número 47 de la calle Victorio, como el barrio de Santa Eulalia y sus vecinos, son alguno de los “paseos” apropiados y no menos azarosos sobre los que erigir la estatua de E. Martí.

Un acaecer al que no es ajeno el detective-escultor S. García Jiménez, quien una vez descubierto el “cadáver”, la fosa de E. Martí, según el más acendrado postulado romántico, como en una película de suspense sigue pistas e interroga a los “sospechosos” (“...esta novela escrita al revés, dándole vueltas al agua como una noria, [...]”)(pág. 251). Transformándose el diálogo de los interrogatorios en seres maleables que ocultan tanto como verdades dicen. Lo que dificulta la interpretación y la linealidad de la historia. Por ello, el detective-escultor, aunque a veces se exaspera y desilusiona (“...y cuando estaba a punto de abandonar [...]”)(pág. 17) debe de seguir, alternativamente y sea cual fuere su procedencia, las huellas de E. Martí: pasiones, amistades, aficiones o excentricidades. Claves que le permitan desentrañar y luego armonizar la personalidad de E. Martí. Una tarea detectivesca en la que afloran sutilmente los más recurrentes tópicos de la novela policíaca: carta al periódico recabando testigos (pág. 93), ocultación de documentos e intención de quemarlos (págs. 109 y 251) para ocultar la personalidad, “llevar varios campos de investigación en marcha” (pág. 133), investigación minuciosa hasta límites insospechados (“Acuciado por la curiosidad de saber hasta el tipo de hormiga que sacrificó, [...]”)(pág.197) la única novia de E. Martí al pisarla con la suela del zapato. Hecho que le produjo una gran decepción y que le llevo a romper las relaciones), e incluso permitir que sea la casualidad o lo espectral quien guíe los pasos de la indagación (“Dejaré que mi pluma se deslice como los bordes de un vaso sobre el tablero de la ouija”)(pág. 50). Un trabajo detectivesco en el que el propio autor es víctima de su intrincada y enfervorizada investigación, lo que motiva que acudan a su mente los fantasmas de anteriores investigaciones (San Juan de la Cruz, García Lorca, y en especial Kafka).

Pero no sólo asistimos a una pesquisa, según pautas más o menos policíacas, sino que, en una doble perspectiva, y simultáneamente, se nos narran las inquietudes culturales e intelectuales de E. Martí: preparación musical desde la niñez, Profesor del Conservatorio, dedicación a la literatura, Licenciatura en Derecho, y Jefe de Negociado

³ Cfr. *Ibid.*, p. 296.

del Ayuntamiento de Murcia. Con lo cual también nos encontramos ante una “novela de formación”, con un discurso narrativo sobre el *carácter* de E. Martí. De modo que tanto o más que al desarrollo de E. Martí como personaje novelesco, puesto que implica la inserción de un ser real en la ficción, S. García Jiménez tiene la suficiente y contrastada habilidad narrativa para crear un *carácter*. Un carácter que, forjado por las vicisitudes de la narración, tiende a humanizar la historia y hacer sensible el relato. Es como si García Jiménez se preocupara más por el sentido del *ethos* griego, por el *carácter ético*, el que se va modelando, el que se hace y deshace en el decurso de la intriga⁴. Aquél que nos muestra por igual el carácter del personaje y el pensamiento del autor, su concepción retórica. Una ambivalencia seductora desde la que percibimos la escisión entre “la bohemia y el trabajo en el Ayuntamiento” (pág. 129), como exponente de la peculiaridad paradójica y desconcertante del carácter del “personaje”, y el carácter que se edifica, se esculpe con la palabra, la expresión (*dictio*). Y es por medio de esta, de la expresión, como el *carácter* de E. Martí deviene en sustancia imaginaria, en un relato que no es sino una imagen que nos atreveríamos a calificar de estatua. El detective, el investigador, asume también el oficio de escultor. Procediendo a tallar con rasgos extraídos de textos del propio E. Martí que proliferan incrustados en la narración, así como de las opiniones de amigos, de forma precisa, mediante visiones verbales, la escultura de E. Martí. Y se interioriza S. García Jiménez de tal modo en el relato, ahora en su tarea de escultor, que es la suya una imaginación compartida, participando de los mismos gustos de E. Martí; pues la “fama”, desdicha y desengaño de éste es el discurso de S. García Jiménez. De ahí su firme propósito de esculpir la estatua de E. Martí para “conversar con ella”, y, por qué no, ubicarla en el “Jardín romántico de Floridablanca”, tal y como él quería y solicitaba para sus amigos escritores: Jara Carrillo, J. Selgas, F. Balart o Frutos Baeza (págs. 182-183). Pero sabedor, como E. Martí, de que las estatuas permanecen solitarias, sin comunicación, S. García Jiménez realiza la suya con la sustancia de la expresión, que es más real y entrañable que cualquier materia plástica.

El desarrollo narrativo de los acontecimientos, auspiciado, en numerosas ocasiones, por la riqueza retórica de un discurso argumentativo (*argumentatio*), que conforman la investigación policíaca, la concreción de un carácter y el cincelado verbal de una estatua, son un deleite, no ajeno a unos fines persuasivos, para el lector, que se intensifica por la feliz formulación de la coherencia del quiasmo espacio y tiempo. En especial la singular exquisitez en el tratamiento del tiempo. Por lo que no le falta razón a J. Cano Conesa cuando se refiere a la “filiación proustiana” de S. García Jiménez que

⁴ Nos referimos al *ethos* asociado a la concepción clásica de “carácter”, que tiene su germen en las conocidas consideraciones de Aristóteles (*Poética*) y su posterior desarrollo clasicista como grado moderado de la emoción, tal sería el caso de Julio César Escaligero (*Poeticae libri septem*), o de La Bruyère, entre otros, frente a la actitud psicológica e idealista respecto al personaje, en el realismo, durante el siglo XIX, o a la valoración del *ethos*, de N. Frye (*Anatomía de la crítica*), como el contenido social interno de la obra literaria y que afecta a su condición comunicativa.

“se revela con el paso de los años”⁵. Y así es, en efecto, aunque en el caso que nos ocupa, a diferencia de la evocación infantil, memoria de los sentidos, de *El sonajero de plata*, García Jiménez consigue con la expresión formal, con el estilo, detener el tiempo biográfico, que apenas discurre para el lector, e incorporar con atinada sutileza un tiempo ido, perdido, que es reencontrado. “Un tiempo sensible”⁶. Transmisión de un tiempo sensible por medio de un estilo que articula opiniones, espacios urbanos añorados, y que desemboca en el tiempo de la memoria subjetiva del lector. Se distancia así García Jiménez de otros autores que se han ocupado de *Raros y olvidados* o de *Desgarrados y excéntricos*, porque acierta a conjugar su propio discurso con el discurso de los textos de E. Martí; aunque flexionando el suyo, en cada situación, para quedar *dentro y fuera*, y así imprimir el tono adecuado, dramático o cómico, al carácter del personaje; además de transferir, en otro orden, toda una dialéctica que afecta al espacio y a la antropología de lo imaginario. Fenomenología que acarrea la dialéctica del ser libre y del ser encadenado, lo culto y lo manifiesto, de lo que es un claro exponente la simbología del caracol: “le costaba tanto desprenderse del caracol de la catedral” (pág. 208)⁷.

Es la de Salvador García Jiménez una propuesta lúdica y ambiciosa, al amparo del arte novelístico, con la que busca un tiempo que le reconcilie con lo que le excita, algo que le proporcione nuevas experiencias estéticas y literarias, para así aquietar las inquietudes propias del escritor auténtico. Por ello, en esta ocasión, con la escritura de *Hasta la última nota...*, ha asumido el reto de reencontrar y sensibilizar el tiempo, tipificar el peculiar espacio y ambiente murcianos de finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, en torno a la figura del músico y escritor Enrique Martí. Todo un fructífero afán retórico del narrador por acompañar y poner sordina a un torbellino de voces literarias, de amigos y familiares, a los ruidos de una recoleta ciudad, al tañer de las campanas o al “canto” de las golondrinas, con la excepción de las notas del piano de E. Martí para que sigan, a todas horas, importunando a sus vecinos. Y una vez cumplido el desafío, una íntima apetencia de escritura esforzada y gozada, lo ha ofrecido para que también disfrutemos los lectores.

⁵ Cfr. Juan Cano Conesa, *Escribiendo sobre la pluma de un ángel*, cit., pp. 318-319.

⁶ Me acojo a la expresión que da título al libro de J. Kristeva, así como a alguna de las ideas en él desarrolladas (vid., Julia Kristeva, *Le temps sensible*, Paris, Gallimard, 1994).

⁷ El símbolo del caracol que es varias veces esgrimido a lo largo del relato, es una constante en el conjunto de la obra de García Jiménez, como por ejemplo en *La sangre desgranada de Federico García Lorca* (vid., p. 31). Un aspecto merecedor de un estudio más detenido a la luz de las nuevas revisiones críticas de la analogía imaginaria, la antropología y la poética de lo imaginario. En relación a la sugerencia expuesta de la dialéctica “dentro y fuera” y del símbolo del caracol, vid., Gastón Bachelard, *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 140-170 y 250-270.